



MARIE VON EBNER-ESCHENBACH (Zdislavice, Moravia, 1830 - Viena, 1916) está considerada, junto con Annette von Droste-Hülshoff, la escritora más importante de las letras alemanas de su tiempo. Perteneciente a la nobleza de abolengo, pasó su infancia y adolescencia entre el castillo de Zdislawitz y la residencia familiar de Viena, cuya intensa vida teatral despertó su deseo de ser dramaturga. Sin embargo, alcanzó la fama gracias a sus novelas, en las que con incisivo ingenio denunció los vicios y defectos de su propio estamento y las contradicciones de la sociedad patriarcal de su tiempo. Casada con su primo Moritz von Ebner-Eschenbach, publicó sus primeros libros ocultando su verdadera identidad. Entre sus obras destacan títulos como *Bozena*, *El chico de la comunidad*, *Historias del pueblo y del palacio* o *Lotti, la relojera*.

ÍNDICE

Inexpiable, 5

Glosario, 6

Epílogo por Daniela Strigl, 219

Las pretensiones fálicas de la escritora

Marie von Ebner-Eschenbach o

«una mujer inteligente tiene

millones de enemigos natos:

todos los hombres estúpidos».

MARIE VON EBNER-ESCHENBACH

Inexpiable

Traducción del alemán de

RICHARD GROSS

LA FUNCIÓN DE *Fidelio* había terminado; el público salía en tropel del teatro de ópera, dispersándose en todas direcciones. Caía, desde hacía veinticuatro horas, una nevada intensa, incesante, de copos gruesos, que cubría con un manto espeso los tejados, embozaba las luces de las farolas y casi malograba los esfuerzos de los trabajadores dedicados a limpiar los caminos a golpe de pala. Los carruajes llegaban con silenciosa rodadura; hombres y mujeres enfundados en abrigo de pieles subían a vehículos de mullidos asientos; mancebos de comercio alzaban a las bellas mozas, vestidas de verano, a un cupé con los vidrios rotos. Después, los coches partían uno tras otro, raudos como el viento. Con el bigote encerado y el sombrero calado hasta las orejas, los propietarios de aquellos vistosos carros ocupaban el pescante levemente inclinados hacia el frente y sujetando una rienda con cada mano; los caballos marchaban a buen tranco, dejándose la vida en llevar lo más aprisa posible a verdes mayorazguillos, oficiales ecuestres de rancho abolengo y hombres de *sport* al Jockey Club, a la timba. Apartados hacia el margen de la calle, arrastrados por rocines exhaustos y gobernados por cocheros soñolientos, los ómnibus repletos de pasajeros se desplazaban renqueantes hacia los suburbios, mientras que sólidas familias burguesas, bien resguardadas y con el apetito afilado —¡el teatro da hambre!—, se encaminaban a un restaurante o a su domicilio, donde les esperaba una opípara cena.

Con parsimonia, pese al mal tiempo, varios oficiales de infantería se dirigían al café más próximo; un escuadrón reducido, aunque sediento de acción y seguro de la conquista. Hablaban de las elegantes damas de los palcos, de las bailarinas y de los caballos

ajenos. Un cadete de los llamados «voluntarios de un año», hijo de algún banquero ennoblecido, que se había unido a ellos, gustaba de decir «nosotros, los caballeros» o «nosotros, del *turf*», sin mencionar que su silla en la oficina paterna era la única montura en cuyos lomos jamás había llegado a sentir seguridad.

Adelantó a los caballeros una joven maestra que, a paso veloz, había emprendido el regreso a casa. Llevaba una gabardina raída, pero no tiritaba; su trayecto era largo y solitario, mas no sentía miedo. Se recreaba gozosa en el placer que acababa de ofrecerse a su espíritu entendido en arte. No dejaba de haber, también en su vida dura y pesada, instantes de excelsa grandeza. La fuerza que extraía de ellos perduraría. Quien ha de ganarse el maná del alma con el pan de cada día rara vez puede disfrutar de tan sublime alimento.

En la calle de la ópera, una cuadrilla de peones estaba levantando una pirámide de nieve cuando pasó, a trote solemne, un *brougham* con tiro de caballos de raza. Las llamas de una farola de gas iluminaron por un momento el interior del carruaje. Viajaban en él dos damas: una, anciana y de aspecto enfermizo, con sobreto-do y capuchón oscuro; la otra, muy joven, muy bella, destocada, de perfil clásico, que le sacaba una cabeza a su compañera.

—¡Ojo! —avisó el gordo auriga a los barrenderos en tono desenfadado, y todos retrocedieron..., menos uno. Este le salió al paso de un salto y, mirándolo con burlona familiaridad, le obligó a sortearlo. El cochero lo eludió sin volver la cabeza, mientras, a su lado, el lacayo mascullaba:

—Ha vuelto de América y... ¿trabaja de barrendero? ¿Es que allí no hay ese oficio?

—Haberlo, haylo, por supuesto; pero no le vale —fue la respuesta—. Nos tenía en el punto de mira para armar escándalo, el muy bellaco.

Iba el apelativo dirigido a un muchacho de talle alto y esbelto, rostro pálido, mejillas enjutas y ojos grandes de color castaño. Llevaba ropa andrajosa; un pequeño sombrero picado de agujeros que

se había corrido hacia la nuca le despejaba la frente y las facciones, bonitas aún, pese a la depravación que acusaban. Con satisfacción chulesca, se plantó bajo la luz de la farola y, clavando una mirada impertinente en la joven dama, que había acercado la cabeza a la ventanilla, adoptó la posición de firme presentando la escoba como arma.

El carruaje se alejó y los trabajadores se rieron:

—¡Fijaos en ese Wolfi!

Y Wolfi, afectando rabia, gritó:

—¿De qué os reís, atajo de imbéciles? ¿Qué he hecho?... He rendido honores militares. ¿A quién?... A la condesa Maria von Wolfsberg, mi..., mi querida pariente.

La aludida no había torcido la cara al ver el ademán del jornalero, pero se demudó un poco y le dijo a su acompañante con voz transida de angustia:

—Tía Dolf, ¿has visto a ese hombre? Con una chaqueta de verano raída, los zapatos reventados en medio de este frío...

—Ay, querida, ese lleva su aguardiente entre pecho y espalda y tiene menos frío que yo —repuso la tía, destemplada.

—¿Has reparado en lo que hizo?

—Sí, sí..., un gracioso.

—No, un gracioso no es... Es un enemigo que nos odia.

La condesa la interrumpió:

—No digas eso. Estás nerviosa. Tú, a tu edad, aún no tienes derecho a estarlo. Es un borracho que se ha permitido una broma... ¿Y qué? Uno se fija, si le divierte, o lo ignora, si le disgusta. Darle vueltas es patológico.

Maria guardó silencio. Procuraba evitar las discusiones con su tía, porque salía perdiendo de modo indefectible. La tía era lúcida y de respuesta pronta; su hermano, el conde de Wolfsberg, hasta la llamaba sabia y la adoraba porque veía en ella, muchos años mayor que él, a su confidente, asesora y amiga. La hermana, por su parte, no amaba a nadie más sobre la tierra que no fuese él. Achacosa desde la adolescencia y dotada de un carácter muy independiente,

nunca sintió vocación para el matrimonio, rechazando uno tras otro a los numerosos pretendientes de su deslucida persona y esplendoroso patrimonio, sin sufrir por ello tribulaciones anímicas. La condesa Adolfine o Dolf, como la llamaban en la familia, había vivido durante mucho tiempo en su finca entregada al cuidado de sus reumatismos y de su fortuna, que, tras haber engrosado notablemente, pensaba dejar en herencia a su hermano. Cuando este enviudó, ella, cediendo a su ruego, realizó por él un gran sacrificio: renunció a su independencia en el hogar propio para convertirse en el ama del suyo. Hizo aún más. Como llegaba el momento de introducir a Maria en sociedad, prescindió de la calma y el confort que necesitaba y pasó muchas noches en vela asistiendo a algún que otro baile, con la cabeza dolorida cubierta de diamantes y luciendo un atuendo tan poco favorable que ni siquiera su camarera se atrevía a admirarla. Se aburría horrorosamente en esas veladas; se aburría incluso cuando su chispa filosa y fecunda entretenía de soberbia manera a la concurrencia. «Dichoso aquel Bertran de Born —decía—, que al fin y al cabo necesitaba la mitad de su ingenio. ¡Contenta estaría yo si encontrara clientes para la décima parte del mío!».

Una vez en la mansión, la condesa se retiró a sus aposentos y Maria entró en el salón de sus propias dependencias. Allí aguardaba todas las noches a un adorado huésped: su padre. Casi nunca esperaba en vano. El conde, por escaso que fuera el tiempo que le dejaban el alto cargo público que ocupaba y las ansias de disfrute a las que consideraba natural ceder, sabía reservar a su hija la hora con la que ella ponía fin a su jornada.

Maria hizo que su doncella le quitara el abrigo que usaba para ir al teatro y enseguida comenzó a preparar el té, para el cual estaba dispuesto lo necesario sobre una mesita contigua al diván.

Dedicaba a su tarea el mayor esmero. Sirviendo a su padre una taza de té satisfacía todos los deberes filiales que este le imponía. Tenía el deseo ferviente de hacer algo por él, de ser algo para

él; sin embargo, intuía muy bien que la sospecha de la presencia de tal ambición en el corazón de la hija suscitara la risa de su progenitor. Su padre quería verla alegre y feliz, y si Maria respondía afirmativamente a sus preguntas —«¿te has divertido?», «¿te gusta esto?», «¿te gusta aquello?»—, la severa gravedad que solía dominar el rostro paterno se desvanecía. Gracias a la generosidad del padre, Maria había podido transformar sus dependencias en un pequeño museo; pero si, al contemplar un lienzo u objeto de bronce, se le ocurría insinuar sus recién adquiridas nociones de historia del arte, el hombre la miraba con tanta sorna que ella se callaba al instante, confusa y embargada por una bochornosa sensación de ridículo. Y en cuanto al exquisito piano Blüthner con el que la había sorprendido hacía poco y que, envuelto en mórbidas telas de la India, descansaba en su rincón, aún no había conseguido entonar en el mismo más que arias de opereta y música de baile para su obsequiante. Y eso que no era fácil disuadirla, pues siempre encontraba la manera de pasar de lo trivial a lo bello, de lo entretenido a lo edificante; pero nada más sonar los primeros compases, el conde pronunciaba su temido «buenas noches, Maria» y abandonaba la estancia. En esos momentos ella no se interrumpía, porque eso habría molestado sobremanera al padre, tan opuesto a que en su casa se tuvieran contemplaciones con él como otro hubiese sido contrario a la ausencia de las mismas. Ahora, cuando él estaba presente, se limitaba a tocar valsos y arietas. Era ante el retrato de su madre, de tamaño natural y colgado en la pared, sobre el instrumento, donde ejecutaba la música que correspondía a su gusto. «Yo te habría dado muchas alegrías —le decía en pensamientos—. Debes saber que, para ser artista, yo solo habría tenido que querer. Pero no voy a querer, no tengo derecho. Nosotras no tenemos derecho. ¿Piensas lo mismo, mamá?».

Llena de un entusiasmo sincero, su mirada se adhería al noble semblante, tan similar al suyo. Era el mismo óvalo puro, la misma frente, ensombrecida por los pequeños bucles de la abundante ca-

bellera rubio ceniza, que formaba dos prominencias, apenas visibles, sobre las delicadas cejas y los ojos azul gris un tanto hundidos. Era el mismo perfil de fina nariz, de labios levemente abultados, y la misma figura francamente regia. Sin embargo, en cada uno de los dos seres bellos se manifestaba un espíritu distinto. La apariencia entera de Maria denotaba firmeza, fortaleza de alma, claridad. La fallecida, en cambio, tenía una expresión de peculiar melancolía y timidez desvalida. El retrato, desde el cual la miraba con lozanía y dulzura imperecederas, había sido pintado a sus dieciocho años, el primero de su matrimonio; lucía un vestido de encaje blanco, el cuello descubierto, los brazos caídos con indolencia y, en la mano, una rosa blanca, apenas abierta. La cabeza, ligeramente inclinada hacia delante, parecía escuchar absorta en sueños. Maria aún se acordaba de haberla visto así, ya en un concierto, ya en la ópera o, también, cuando el padre o ella le hablaban.

Pero estos recuerdos alegres de la madre se remontaban a una época lejana, mientras que aquellos asociados a un tiempo posterior eran de una inefable tristeza. Presa de una enfermedad anímica, la condesa se había ido apagando lentamente. Cada vez más abúlica, cada vez más reducida a una sombra, vagaba durante horas por el jardín en verano y por las habitaciones y los pasillos en invierno, se detenía a ratos ante una puerta, acercaba el oído, esbozaba un gesto de horror y retomaba su caminar, muda y sin sosiego.

Los primeros síntomas de su mal, según se contaba, fueron producto de un violento sobresalto, cuya causa aseguraban desconocer quienes rodeaban a Maria. Ella no tenía la menor duda de que le estaban ocultando un secreto y no cejaba en su férvido empeño por descubrirlo. Era muy particularmente a su antigua niñera, apegada a ella con amor esclavo y sin límites, a la que abrumaba con preguntas.

—Dímelo, Lisette, por favor, dímelo —le había implorado en una ocasión en que, por avara que fuera con sus muestras de cariño, le había pasado el brazo por la nuca a aquella fiel servidora—.

Si me quieres, me lo dirás ahora mismo, en este minuto... Si no me lo dices, sabré que no te importo.

Lisette se desmoronó. Impotentes y desesperados, sus ojos grises miraron al vacío, sus mejillas palidecieron, sus labios temblaron.

—Ojalá estuviera muerta —se lamentó—, de manera que mi niña ya no pudiera preguntarme.

... ¿Muerta?... Maria se apartó de la niñera y humilló la cabeza.

¡Lisette había deseado morir! Ella, que no podía ni oír mencionar la muerte, que veía un enemigo en cualquiera que siquiera la nombrase, que apreciaba la vida como bien supremo y aún esperaba tanto de ella, que quería bailar en la boda de Maria y educar a los hijos de la niña, a todos, aunque fuesen una docena..., ¡había deseado morir!

La pequeña Maria quedó profundamente conmovida y tuvo que reprimir las lágrimas para poder decir en tono alto y audible:

—No volveré a preguntarte jamás.

Cumplió su palabra... Desde entonces habían pasado seis años.

LA CORTINA DEL CUARTO aledaño fue descorrida por una mano discreta, y Lisette se asomó a la puerta y dijo con su voz mansa y sumisa:

—Marie, criatura, ¿puedo pasar?

—¿Todavía estás despierta? —fue la réplica cargada de reproche.

Lisette pidió disculpas:

—Me recogí hace rato. Pero ya sabes que no puedo conciliar el sueño hasta que no oigo llegar tu coche.

—Es ridículo —repuso Maria; se volvió a un lado y se acomodó en una butaca.

Lisette, acercándose, posó la mano en el brazo del mueble.

—Antes no puedo dormirme. Y entonces ha de venir Klara para informarme... ¡ay de ella si alguna vez se descuidara!..., informarme de que has llegado y estás alegre y de buen ánimo. Pero hoy la he oído decir que parecías triste...

—¡Me estáis espiando! —la atajó Maria.

—Llámalo como quieras, me da igual; pero no pienses que podrás cambiarlo... ¿Así que la niña está triste? Ya lo veo. —Su voz adoptó un tono de honda aflicción, y en su carita de nariz puntiaguda se dibujó una angustia lacerante—. ¿Qué ha ocurrido?

—Venga, Lisette, no te pongas dramática. ¿Qué quieres que haya ocurrido?... Estoy de mal humor, pero por razones que no deberían preocuparte.

—Veremos... Habla,avecilla mía, para que pueda acostarme tranquila.

Maria levantó la cabeza y miró fijamente y con gesto severo a los ojos de la servidora, inclinada hacia ella.

—Quienes tienen que pasar una noche helada como esta a la intemperie y barrer las calles pasando hambre y frío... me dan pena.

Lisette enderezó el cuerpo y soltó una risa.

—¡Ay, la niña!... Ay, eso es demasiado. Los que agradecen a Dios la nieve que este deja caer para que tengan trabajo, los que no desean más que trabajar y desde pequeños no están acostumbrados a otra cosa que a trabajar, ¡a ti te producen lástima!

Se disponía a entonar loas al «angélico corazón de oro» de Maria, pero fue interrumpida por un ruido que llegaba del patio al que daban las ventanas de las dependencias de Maria. Se oía trápala de caballos, y la campana del portero repicaba señalando la llegada del amo.

Lisette se despidió y Maria, dirigiéndose al encuentro de su padre, se detuvo en el umbral. Se saludaron con un apretón de manos.

—Buenos días y buenas noches —dijo Maria—. Quise pasar a verte un momento por la tarde, pero Walter me dijo que tenías visita.

—Sí, estuvo Dornach, y se quedó tanto rato que apenas tuve tiempo de cambiarme de ropa para la cena.

—¿Cena con quién?

—Con la princesa Alma.

—¿Y ha sido agradable?

—¡Figúrate! Treinta personas, treinta grados y treinta platos.

—Exageras, como siempre que se trata de una fiesta en casa de Alma. Ya puede hacer o dejar de hacer lo que quiera, tú le censuras lo que sea. Y sé lo embarazoso que le resulta y cuánta importancia otorga a tu juicio.

Mientras pronunciaba estas palabras, colocó una taza de té delante del conde, quien había tomado asiento en un sillón junto a la mesa. El conde le dirigió una mirada extraña, casi conminatoria, pero la bajó rápidamente al advertir en el semblante de su hija la más absoluta espontaneidad.

Aun ahora, mediados los cuarenta, Wolfsberg pasaba por ser un hombre peligroso para las mujeres. De mediana estatura, complexión esbelta y gallarda, era un famoso jinete y cazador. Debía a cierta discreción fría y señorial una reputación de alta solvencia que le granjeaba numerosas amistades. Huérfano desde pequeño, disfrutó, en el cabal sentido de la palabra, su educación en Alemania, en casa de unos parientes de su fallecida madre. Dotado de una capacidad de aprendizaje excepcional, no le había costado ser buen alumno, y también más tarde mantuvo la ambición de que cada uno de sus éxitos apareciera como obtenido con garbo y soltura. «No me tomo la vida en serio», decía a menudo, casi frunciendo el ceño.

Pero había en aquella vida algo que sí se tomaba en serio, y era su hija y la felicidad que quería dispensarle en el presente y en el futuro.

—Maria —comenzó—, hoy alguien me ha solicitado permiso para visitar nuestra casa. Supongo que adivinarás quién.

Ella le sonrió alegre:

—Felix Tessin.

—¿Tessin?... Lo dirás en broma.

—No era mi intención —repuso Maria, bajando consternada la vista.

—¿Cómo? ¿Serías capaz de creer que habría escuchado a Tessin si me hubiese venido con pretensiones de esa índole?

—¿Por qué no? —replicó Maria, vacilante, y su padre respondió con el manifiesto propósito de no entrar en disertaciones:

—Deberías saber qué opinión me merece.

—Pues, una muy buena... Un hombre de gran talento, sobrado de ingenio, al que tú mismo presagias un porvenir brillante.

—A ver, creo que conseguirá más o menos todo lo que se proponga. Es astuto y ambicioso, persigue metas elevadas pero no imposibles, y puede alcanzarlas tanto más fácilmente cuanto que tiene pocos escrúpulos en lo que a la elección de sus medios se refiere.

—¡Papá!

—¿Qué?

—Eso sería terrible.

El conde se encogió de hombros.

—Tessin, como bastantes otros hoy en día, ciertamente se tiene por una persona que está más allá del bien y del mal. Es un hombre tan insólito, de una misteriosa belleza manfrediana, tan consentido por las mujeres. —Hablaba en tono burlón y desenfadado, y aunque no parecía estar observando a su hija, leyó en el agitado rostro de esta algo que lo sorprendió desagradablemente, a saber, que llegaba un poco tarde con su advertencia. Supo entonces que se trataba de algo más que de borrar una impresión fugaz; se trataba de arrancar de cuajo un sentimiento, se trataba de hacer daño. Apoyando el codo sobre la mesa y la mano en la frente y la mejilla, prosiguió con seriedad—: Si Tessin no fuera familiar de... —la amiga de tu madre, iba a decir, pero se mordió los labios—... la princesa Alma, yo habría impedido que te lo presentaran. Sin embargo, ella me lo puso muy difícil para mantenerlo lejos de mi casa, a excepción de las recepciones oficiales, de las que no puedo excluir a un consejero de la embajada. La buena de la princesa no está exenta de cierta debilidad por ese hombre; nunca olvida que ella fue su sueño de juventud, su primer y último amor ideal.

—Antes de que Alma se casara. He oído hablar de eso.

—Antes..., después. Cuánto habría dado él por estar en el lugar de su primo mayor, el príncipe Tessin, quien se alzó con la novia... Pasó cierto tiempo hasta que se cansó de la languidez infructuosa y tomó una dirección práctica en la vida y en el amor. Hoy sus reverencias ya no pueden enorgullecer a una joven, pues las comparte con personalidades con las que sin duda no quisiera tener nada en común.

—¿Por ejemplo? —preguntó Maria con voz ahogada, y su padre contestó con sarcasmo:

—De verdad que las veladas de condesitas empiezan a infundirme respeto. Parece que ya no son corros de chismorreos, de di-